

hombre-peze



hombre-peiz

Joaquín Camps Torres

hombre-peiz

Primera edición: 2023. Primera edición en Amazon: 2024. © Joaquín Camps

Fotografías de cubierta y cubierta posterior: © Visarute Angkatavanich

Diseño de cubierta y cubierta posterior: © Joaquín Camps

Fotografía del autor: © Manuel Gorrita

ISBN: 9798323284405

No sé cómo sucedió, no sé cómo acabé convirtiéndome en un hombre-peze. En el vórtice de un huracán no sabes en qué dirección sopla el viento. El eje de una rueda, no gira. Cuando estás en el centro, te cuesta mucho acceder a la información de la periferia. Pero es en la periferia donde están siempre las respuestas. Por todo ello creo que es más conveniente que mi historia no la cuente yo, sino la gente que me rodeaba...

La pecera

Mi marido tenía menos pelo que yo en el cuerpo. No me fue fácil aceptar al principio de nuestra relación que un hombre, mi pareja, tuviese una piel más limpia y delicada que la mía. Mientras yo acudía resignada a la esteticién cada quince días para depilarme, él, sin hacer nada, sin sufrir, tenía una piel fina como el coral. Eso me daba rabia. Sólo le crecían cabellos en la cabeza, una mata abundante, feraz, negra. Pero esa fertilidad de su cuero cabelludo se volvía tierra yerma en el resto del cuerpo. Ni un pelo le brotaba en la piel, excepto los de las cejas y las pestañas. Pubis, axilas, pecho, ano... nada. Ni siquiera en la barba. La última vez que lo vi con vida, a sus treinta y cinco años, era un hombre que no se había afeitado jamás.

Sí, he de reconocerlo, mi marido era más fino que yo. En todos los sentidos, no me refiero solo a su piel. Dulce, callado, casi sumiso. Muy alto, delgado,

de huesos alargados que recordaban al mango de un azadón. Pero a pesar de esa complexión física, que podría hacer pensar en un hombre desgarbado, cuando lo veías moverse percibías en él una armonía que no he vuelto a observar nunca en otro ser vivo. Tan solo contemplando alguna escena de la pintora japonesa Noji Mikiko he sentido de nuevo tanta serenidad. Eso creo que fue lo que me enamoró de él. Y seguramente también lo que me alejó de él.

Todo empezó el día que le regalaron una pecera. Los amigos de la facultad en su fiesta de cumpleaños le compraron un acuario. Al menos, así lo llamaron ellos. Pero para mí, eso siempre ha sido una pecera. Por lo visto hay características técnicas que diferencian a éstas de los acuarios: filtros de aire, depuración automática del agua, iluminación... Tonterías. Todo empezó el día que a Tobías le regalaron esa maldita pecera.



- ¿Qué haces ahí?

Me había despertado a media noche y su lado de la cama seguía tibio pero vacío.

- Tobías, ¿te encuentras bien?

Estaba sentado sobre la alfombra del salón, en plan indio apache, con los ojos a la altura de la pecera. Al ser ésta el único elemento iluminado de la estancia, la escena tenía cierto poder reverencial. Hipnótico. Religioso.

- Me estás asustando, dime qué haces ahí.

Respondió sin inmutarse. Sin apartar la mirada de su objetivo. Atrapado en lo que fuera que le poseyese por dentro en aquellos instantes.

- Miro a Sangre. Solo eso.

- ¿Sangre? ¿Quién es Sangre?

Señaló con su largo dedo de zahorí al único habitante que venía con el acuario. Por lo visto, Tobías lo había bautizado. Pensé que era un nombre acertado, ya que aquel pez betta solitario, que ahora se escondía tras la vegetación, me había parecido al verlo por primera vez un clavel reventón rojo hecho carne. Sus aletas y cola eran como volutas de sangre derramada dentro del agua. Con vida propia.

- Tobías, vuelve a la cama.

Solo llevaba puesto el pijama, sin batín, a pesar de que hacía frío; la calefacción de casa llevaba horas apagada.

- Tobías, vamos, vuelve a la cama.

Sus ojos negros se apartaron de la pecera para clavarse en mí. Tan solo dijo dos palabras. Dos palabras que a lo largo de los siguientes meses le escucharía pronunciar en numerosas ocasiones. Desencajándome, descentrándome.

- ¿Por qué?

Por qué, por qué, por qué...

- Mañana papá va a venir a recogerlos temprano y sabes que odia que le hagan esperar. Debes dormir un poco, descansar.

- ¿Por qué?

No supe qué responderle. Como no sabría qué responderle a esas dos sencillas palabras en los

próximos meses. Tal vez por eso, él mismo se contestó.

- Sí, estoy muy cansado... tienes razón, estoy muy cansado. Pero me quedaré aquí un rato más.

Mi silencio le autorizó a posar de nuevo sus ojos en Sangre.

El pez nadaba, él lo observaba, yo observaba a Tobías.

Así permanecimos los tres no menos de cinco minutos. Al final regresé a la cama, muy confundida. Dejando a mi marido sentado sobre la alfombra del salón frente a la pecera.



Me parezco a mi padre más de lo que estoy dispuesta a confesarle a nadie. Incluida yo misma. Porque mi padre no me gusta, odio ser como él. Preferiría parecerme a mi madre, pero nadie elige los ingredientes de su cóctel genético. "Tú decides quién quieres ser. Tú marcas el rumbo de tu vida". Majaderías. Cuando nacemos todo está ya predestinado en el cableado que traemos de fábrica. Es duro admitirlo, pero es así. Nadie cambia. Estoy segura de que lo que pasó ya estaba escrito. Tobías lo llevaba dentro, desde el principio.

Nos conocimos en una fiesta universitaria en la Complutense, de esas que se organizan para recaudar fondos con los que sufragar el viaje de licenciatura. Ese año yo acababa bellas artes, la carrera que había elegido no porque me gustase a mí, sino por lo

mucho que disgustaba a mi padre. Estudié lo más opuesto a sus deseos, en la ingenua creencia de que eso haría de mí una persona lo más opuesta posible a él.

- Nunca te he visto por la facultad.

- No... yo estudio magisterio.

- ¿Te gustan los niños?

- Algunos sí. Otros no.

- Es un punto de vista sensato... - era difícil sacarle al principio las palabras; luego aún lo fue más, pero esa timidez me gustaba -. Me llamo Emma.

- Tobías. Yo me llamo Tobías.

En una tabla periódica humana, mi padre y él estarían en los extremos más opuestos. Empresario hecho a sí mismo, dominante, ambicioso. Un macho alfa lleno de prepotencia. Así es papá. Empezó de chico para todo con dieciséis años en un tostadero de Coslada, y ahora posee una distribuidora de café que vende millones por toda España. Su única hija, algún día, heredará el imperio, por eso debía formarme en finanzas, derecho, marketing... Cosas prácticas. Estudiar bellas artes fue mi manera de demostrarle que yo no era como él. Una manera de rebelarme muy ingenua, ya lo dije, porque al imponer mi criterio no hacía más que corroborar nuestro parecido: en una berrea de muflones yo embisto aún más fuerte que tú.

- ¿Me invitas a una copa?

- Sí, claro... ¿Qué quieres?

Definirte a ti mismo por oposición a alguien no es sano. No suele salir bien. En el fondo, no siento

ningún tipo de vocación artística. Del mismo modo que adoro el café y llevo toda la vida fingiendo que lo aborrezco.

- Me gustaría pintarte.

- ¿A mí?

- Sí.

- ¿Por qué?

Ya entonces no supe qué responderle. Cualquiera otro hombre se hubiese emocionado ante el evidente coqueteo de una chica guapa. Tobías no. Tan solo me observó curioso con sus ojos grandes e intensos.

- ¿Qué haces en una fiesta de bellas artes?

- Mi amigo Raúl me trajo. Jugamos juntos al fútbol.

- No lo dices muy entusiasmado. ¿Te gusta el deporte?

- Nada.

Se quedó pensativo, como si no supiese si añadir algo más. Al final se atrevió. Sí, esa es la palabra adecuada: se atrevió.

- Camino mucho. Siempre estoy andando.

- Eso es que vas a muchos sitios porque tienes que hacer un montón de cosas.

- No, que va... yo tan solo ando.

Tobías me gustó desde el primer instante. Pero no voy a decir que fue amor a primera vista. Creo que acabé saliendo con él por la misma razón por la que estudié bellas artes y no tomo café.



- ¿Vas a entrenar?

- No, he dejado el equipo.

- Vaya... pero si llevas con ellos desde la universidad. Raúl debe de estar muy disgustado.

- No le ha hecho mucha gracia.

- Normal, es tu mejor amigo.

En realidad, era su único amigo. A su lado, de verdad, solo estaba él. Y yo también, por supuesto. Pero eso no hace falta decirlo, se da por sentado: era su esposa.

- Raúl lo entenderá.

Me lo dijo con el mismo rostro vacío con el que cada noche contemplaba la pecera durante horas, en lugar de estar durmiendo para poder rendir al día siguiente en el trabajo.

- ¿Y dónde vas entonces con la bolsa de deportes?

- A la piscina. Me apetece nadar.

Y salió por la puerta de casa tras sonreírme y darme un beso. Un piquito superficial, hueco de contenido. Sus labios se posaron sobre los míos, pero mi marido se hallaba muy lejos de allí. Al menos, así lo sentí, aunque también es cierto que desde la llegada de la pecera a casa yo estaba bastante susceptible. Escamada, nunca mejor dicho.

- Vas todas las tardes a nadar, estas horas en la piscina... no puedes dedicarle tanto tiempo.

- ¿Por qué?

Él siempre había sido un hombre muy callado, pero desde su cumpleaños, por culpa de la pecera, su aire retraído se había intensificado. A mí nunca me molestaron sus silencios porque no eran

apesadumbrados. Tampoco eran los silencios de un hombre taciturno. Yo sentía que mi marido hablaba poco no porque no tuviese nada que decir (jamás me hubiese casado con un simple), sino porque le daba vergüenza expresar sus ideas y emociones. Al ser huérfano y haberse criado en una institución religiosa, tenía muy enraizada en su interior la discreción. Las monjas habían sido unas institutrices estrictas. Por lo visto esa incapacidad de expresión emocional es muy común entre los hombres educados en internados. Pero como decía, eso a mí nunca me molestó. Sus silencios respetuosos me permitían a mí ser la directora de la orquesta, y ese papel me gustaba.

Con la llegada de la pecera todo cambió. El equilibrio se había roto. Es muy importante el equilibrio en un matrimonio... diría incluso que es lo más importante. Si la balanza se descompensa, hay que andarse con cuidado. Eso es justo lo que sucedió. Todo parecía seguir igual, pero ya nada era igual. Ahora mi marido callaba porque estaba junto a mí, en el sofá, pero en realidad no estaba allí. Estaba dentro de la pecera, con Sangre, nadando. Y bajo el agua no se puede hablar.



- Estoy preocupada, desde que le regalasteis la pecera Tobías está muy raro.

- Querrás decir *aún* más raro.

- No bromees, hablo en serio, se pasa horas en

silencio sentado frente a ella. Sin decir palabra. Y ha empezado a nadar.

- Es bueno que haga deporte.

- ¡Pero va todas las tardes a la piscina! Ahora está allí, y se pasará cuatro o cinco horas dentro del agua, como todos los días.

- Quizás tenga una amante, y lo de la piscina sea una excusa.

- ¿Lo dices en serio?

Tras unos segundos de perfecta tensión dramática contemplando mi cara de susto, Raúl estalló en una sonora carcajada.

A pesar de ser el mejor amigo de Tobías, me costaba imaginar dos caracteres más diferentes. Siempre me había parecido extraño que un consultor financiero con buen sueldo, atractivo, simpático e inteligente siguiera soltero. Sabía de buena tinta que la mitad de las chicas jóvenes de su empresa habían intentado seducirlo, sin éxito. No se le conocía novia, ni actual ni pasada, y evitaba hablar de mujeres incluso con sus amigos. Llegué a pensar que era un homosexual reprimido incapaz de salir del armario, enamorado en secreto de mi marido. Pero esto último intentaba convencerme de que era fruto de mi carácter fantasioso, que ya me había causado más de un problema en otras ocasiones.

- El último hombre al que me imagino con una amante es a Tobías, estate tranquila. ¿Quieres que hable con él?

- ¿Lo harías?

- Por supuesto. Vamos a la piscina ahora.

- ¿Ahora?!

- Sí, ahora. Hay que coger el toro por los cuernos. Esperamos a que salga y hablo con él.

Raúl es así, decidido. Recuerdo que, al verle tan resolutivo, pensé que me sería imposible estar con un hombre como él: un solucionador de problemas. Demasiado parecido a papá. Demasiado parecido a mí.

- No sé... - una mujer dominante como yo, pero que se avergüenza de serlo, necesita a su lado a alguien al que le guste sentirse dominado -. Preferiría no estar presente cuando hables con él.

- Vamos a tomar algo, finges que te llama una amiga con una urgencia, y nos dejas solos.

El plan no me convencía mucho, pero Raúl es un hombre muy persuasivo.

Media hora más tarde entrábamos en el centro deportivo M86. En las gradas de la piscina cubierta no había nadie aparte de nosotros dos. El olor a cloro flotaba en el aire, haciéndome sentir que estaba dentro de un gigantesco botiquín.

- Mira, es ese.

Señalé con el dedo la calle en la que Tobías nadaba a braza. Tan solo compartía aquella enorme piscina olímpica con veinte niños, que cuatro calles más allá recibían clases de su monitora.

- Nunca imaginé que tuviese tanto estilo. La verdad es que nada muy bien.

Percibí en el tono de Raúl y en el brillo de sus ojos una energía que me pareció ligeramente sexual, pero intenté quitarle importancia.

- Mira, el crol aún le sale mejor.

- Si vas a hablar con él, espero que no te dediques a piroppearle. Ya veo que nada muy bien, pero lo último que queremos es que se venga aún más arriba con esta obsesión.

- Tranquilízate, estás muy nerviosa. Deja que yo gestione esto.

En efecto, al ver a Tobías dentro del agua, me había alterado: era como ver a un bailarín de ballet derramándose sobre el escenario, sin ser consciente de todo su poder. Ajeno a la belleza que emana de él. Reconcentrado dentro de la música, del agua, como si el resto del mundo no existiese.

“Qué hermosura...”.

Yo le había visto nadar en verano, cuando íbamos al chalet frente al mar que papá tiene en Benisa. Pero algo había cambiado. Fluía dentro del líquido como si él mismo fuese líquido. Al igual que la punta de un lápiz que escribe se mueve sobre el papel con una voluntad de significado, cada una de sus brazadas parecía pura caligrafía.

- Si alguna vez hubiese jugado al fútbol tan bien como nada, habría llegado a la Champions League.

- Ya basta, Raúl. No me provoques.

Nos quedamos observándolo nadar en silencio durante un tiempo que me es difícil precisar. La algarabía de los niños que chapoteaban en su clase de natación contrastaba con la armonía que desprendían los movimientos de Tobías. Sus brazos salían del agua con la ingenuidad y el convencimiento con los que brota un joven helecho

en el fondo del bosque. Rizados sobre sí mismos, acababan desplegándose con vigor buscando la nada. Y al igual que esas plantas prehistóricas, morían y renacían de su propia semilla una y otra vez, siempre con el mismo empeño. Sin decaer en su esfuerzo, como Sísifos felices. Brotaban y se enterraban en el agua, brotaban y se enterraban en el agua... Aquel péndulo me hechizó hasta que la voz de Raúl hizo que regresase a la realidad.

- Parece que ya sale.

En efecto, mi marido había llegado al final de la calle y, en lugar del viraje para reemprender el nado, apoyó las manos sobre el borde de la piscina y se impulsó fuera del agua con la fuerza de sus brazos. Hay cosas que a una esposa no se le escapan: la monitora de natación, una chica mona, sin dejar de dar órdenes a los niños observaba a Tobías de reojo.

“¿Qué haces comiéndote con los ojos a mi marido, golfa?”.

Me sentí celosa ante esa mirada admirativa. Y también sorprendida: Tobías nunca había sido de esos hombres que despiertan entre las jóvenes en edad reproductiva caiditas de ojos coquetas. Siempre fue demasiado enclenque. Pero tras meses de intenso deporte los casi dos metros de su cuerpo habían cambiado. Tobías ya no era el tirillas que yo conocí en la universidad, ahora su musculatura longitudinal se había torneado hasta conferirle un aspecto de nadador profesional. El bañador de competición y su carencia absoluta de vello corporal, acrecentaban el efecto.

- Zorra asquerosa...
- ¿Dices algo?
- No, nada, cosas mías...

Me entraron ganas de bajar a la pileta y encararme con esa jovencita que se estaba poniendo las botas con mi marido.

No sabría decir si Tobías era o no guapo.

Se quitó el gorro, las gafas, y erguido en el borde del agua, se quedó allí, de pie, con los brazos pegados al cuerpo. Observando la corchera que flotaba cincuenta metros frente a él. No reparó en nuestra presencia. Tampoco parecía ser consciente del jaleo que armaban los críos a escasos metros, ni apercibirse de la mirada de la monitora. El agua parecía tenerle hipnotizado.

¿Guapo? No lo sé... Te sumergía de tal modo en la hondura de sus ojos, que el vértigo te impedía reparar en el resto de rasgos de su cara.

- Pero... ¡¿qué está haciendo?! ¡¿Se ha vuelto loco?!

- Dios mío... - cubrí mi boca abierta con la mano
-. Qué vergüenza...

Impasible, con absoluta naturalidad, Tobías se acababa de quitar el bañador. Lo depositó delicadamente en el suelo junto al gorro y las gafas, para volver a erguirse frente al agua. Como una cariátide completamente desnuda tras dejar caer su túnica.

- Voy a bajar a decirle algo...

- No - la orden la di yo, pero a la vez la escuché como si fuese ajena.

- Pero está armando un escándalo, los niños le señalan riéndose...

- Déjalo - la suntuosa majestad, sosegada, serena, que irradiaba el rostro de mi marido, era la primera vez que la veía; más que guapo, era bello -. Quiero saber con quién estoy casada.

Tobías entonces se impulsó con sus poderosos muslos y, trazando una parábola perfecta que me recordó al arco iris, se zambulló en el agua y empezó a nadar desnudo.



- ¿Es usted su mujer?

- Sí, y él es un amigo. Pero cuando Tobías salga de los vestuarios, no le diga que hemos estado aquí. Por favor. No quiero que sepa que hemos venido... no quiero que se sienta avergonzado.

- Esté tranquila. Pero debería llevarlo a un médico. Es la quinta vez que hace esto, y no podemos permitirlo. Aquí vienen muchos niños, y lo hemos intentado a buenas... Siento decirle esto, pero si vuelve a venir por aquí su marido, llamaremos a la policía.

- La quinta vez...

Murmurando las palabras, con una mezcla de preocupación y miedo, me di la vuelta y empecé a caminar hacia la salida. Sin tan siquiera despedirme del director del centro deportivo. No quería que Tobías me viese allí cuando saliera de los vestuarios.

- Antes de que se vaya quiero hacerle una

pregunta - al girarme advertí que Raúl, más educado que yo, se había quedado junto al director -. Se la hice a su marido, pero no me respondió. De hecho no ha cruzado una palabra con nadie en todos los meses que lleva viniendo aquí.

- Sí, últimamente habla poco... ¿Qué quería preguntarme?

- ¿Dónde aprendió a nadar así? ¿Quién fue su maestro?

- Tobías nunca ha asistido a clases de natación.

- Eso es imposible. Nunca vi nadar a nadie con esa elegancia. Semejante estilo, tan depurado, requiere de un equipo de asesores técnicos muy profesionales.

No supe qué contestar.

- Me impresionó tanto su forma de nadar, que llamé a dos entrenadores de la selección nacional. Se quedaron boquiabiertos, si su marido fuese más joven podría haberlo ganado todo en este deporte.

Por segunda vez en aquella tarde respondí yo, pero escuché mi voz como si fuese ajena.

- Mi marido no nada para ganar - lo siguiente tan solo lo susurré, mientras me daba la vuelta buscando dos cosas: la puerta y que no me viesen llorar -. Nada para escapar...



Después de lo sucedido, Raúl no habló con Tobías. Nos dimos cuenta de que el problema era más grave de lo que pensábamos, no requería la charla con un

amigo, sino la intervención de un profesional. Debía hacerme el ánimo y afrontar esa conversación, convencerle de que teníamos que buscar un psicólogo que le ayudase. Quizás la literatura científica recogiese casos de autismo sobrevenido en la edad adulta debidos a regalos inesperados. Eso hubiese sido tranquilizador, saber que lo que me pasaba a mí ya le había pasado antes a alguien... Pero esa noche no iba a poder hablar de todo eso con Tobías, yo estaba todavía demasiado afectada por lo que había visto en la piscina, por el escándalo que él había causado, y sobre todo, por su aparente indiferencia ante las recriminaciones del personal del centro deportivo. Les escuchaba hierático, de pie frente a la corchera, observándola fijamente flotar sobre el agua, mientras la monitora y el socorrista le censuraban su comportamiento. Como una araña perfecta hecha de mármol que se limita a contemplar el hilo de seda en el que vive. La línea que habita.

¿Me había casado con un loco?

Yo quería ser madre a toda costa, pero al hombre que había elegido para que me acompañase en la mayor aventura de la vida, criar un hijo, a todas luces le faltaban luces para semejante misión.

Cuando llegó a casa ya de noche intenté aparentar cierta normalidad. No me fue difícil, desde hacía semanas prácticamente no conversábamos. Pero cualquiera que haya vivido en pareja sabe que no tiene nada que ver un silencio cómplice con uno cargado de tensión. Parecen lo mismo, pero no son lo mismo. Estos últimos lo vuelven todo incómodo,

desasosegante; y por culpa de lo sucedido en la piscina por la tarde, durante la cena nuestro silencio venía cargado con mucha tensión. Yo, al menos, así lo viví.

- La ensalada lleva atún.

Lo dijo sin reproche alguno. Tan solo constataba un hecho. Pero la tensión del ambiente hizo su trabajo. De hecho, esa misma tensión ya había conseguido que una lata de atún acabase en la ensalada.

- Haber preparado tú la cena, en vez de pasarte la tarde en la piscina.

Levantó la vista del plato para mirarme con ojos amables pero herméticos.

- Tienes razón. Volveré antes a casa y a partir de ahora yo prepararé la cena.

- No pasa nada...

- Lo siento, he sido un egoísta. Pero sabes que ya no puedo comer pescado - y como un santón iluminado que lleva dentro de sí la sabiduría del universo, se levantó de la mesa con su plato en la mano, tiró la ensalada a la basura, cogió un plátano del frutero y, en lugar de volver a sentarse frente a mí, salió de la cocina en dirección al salón.

No podía creer lo que estaba pasando. Intenté tranquilizarme. Respiré varias veces profundamente, pero confieso que cuando me levanté para averiguar dónde había ido, aún estaba bastante alterada. No ayudó en nada lo que vi al asomarme a la puerta del salón: allí estaba, sentado en el suelo frente a la pecera, masticando concienzudamente los bocados

que le daba al plátano mientras observaba fijamente a Sangre nadar.

- Esto no puede seguir así...

La situación se estaba volviendo irreal. Nuestro matrimonio se estaba volviendo irreal.

- ¡¿Qué te sucede?! - estallé sin medir demasiado bien lo que decía - ¡¿Por qué ya no me hablas?! ¡¿Por qué te pasas horas frente a esa maldita pecera?! ¡¿Por qué desde hace meses te comportas como un trastornado?!

Giró el rostro hacia mí. Muy lentamente se puso en pie. Su cara aparecía tan serena como siempre. Pero esta vez creí atisbar en ella la serenidad de un demente. O quizás eso era lo que yo quería ver en ella.

- Lo siento.

- ¡Deja de sentirlo! Lo que quiero es una explicación.

Me miró como en la piscina había mirado la corchera mientras le recriminaban. Así me sentí. Como la línea que él habitaba

- Tengo... - dudó -. Tengo miedo de todos vosotros.

- ¿*Todos nosotros?*

- Las personas.

- Pero... tú... tú también eres una persona.

- No. Ya no.

Debió de notar pánico en mis ojos, porque se decidió a añadir algo que creo no tenía pensado añadir.

- Cuando estoy dentro del agua desnudo, ya no

tengo miedo. Pero solo cuando estoy dentro del agua desnudo... el resto del tiempo, siempre tengo miedo.



Durante las siguientes semanas, la situación se mantuvo razonablemente estable. Tobías seguía pasando horas sentado frente a la pecera, observando a Sangre. Ya prácticamente no conversábamos, y aunque nuestro silencio era cordial, cálido, exento de rencor, yo empezaba a sentir que teníamos un matrimonio ficticio. Sin comunicación no hay intimidad. Él seguía abrazándome en la cama, cogiéndome de la mano cuando paseábamos; a veces, sin venir a cuento, me acariciaba la mejilla o el cabello, pero todo eso no era suficiente. Con el tacto no basta, una pareja necesita hablar.

Tampoco hacíamos el amor. Dormíamos como hermanos desde hacía meses. Él no tomaba la iniciativa, y mi orgullo me impedía tomarla a mí: si me hubiese rechazado no habría muerto de vergüenza, habría muerto de rabia.

Tobías se iba a nadar todas las tardes, supongo que buscó otra piscina. Quizás una para nudistas, aunque no tengo ni idea si en Madrid puede encontrarse esa clase de centro deportivo. La verdad es que más de una vez me tentó seguirle, pero conseguí contenerme. O mejor dicho, me contuvieron unas palabras de mi marido que no

conseguía quitarme de la cabeza.

“Tengo miedo de todos vosotros. Todo el tiempo, tengo miedo”.

Yo formaba parte de ese “vosotros”. Yo asustaba a mi marido. Dar miedo ha sido el objetivo de mi padre toda la vida. Su manera de inspirar respeto. Cada uno quiere a su modo, como sabe o como puede. No soy yo quién para juzgarle, pero hay herencias que tendríamos que tener derecho a rechazar.

- ¡¿Qué demonios le sucede a tu marido?!

- ¿Por qué lo dices?

- En el trabajo está más alelado que de costumbre.

Y viene vestido con un pareo. ¡La gente se ríe de él! ¡Por el amor de Dios, es mi yerno! ¿Es que no se da cuenta de que al que está poniendo en ridículo es a mí?

Tobías había empezado a trabajar de administrativo, tras acabar sus estudios, en la empresa de papá. Era mi novio, estaba en paro, nos pareció razonable. Igual que nos pareció razonable que mi padre me montase una galería de arte en Chamberí cuando quedaron demostradas mis nulas capacidades artísticas como pintora. Papá no hacía más que criticarnos por vagos, por inútiles, pero nos quería tener controlados con su dinero. Es un hombre horrible... Aunque si lo pienso bien, yo hago algo parecido: le aborrezco, pero me aprovecho, porque sé que desde que mamá murió, si yo desapareciese de su vida, ésta dejaría de tener sentido para él.

- He hablado con Tobías del tema del pareo, pero dice que con él se siente más libre, respira mejor...

- ¿*Respira mejor*? Ese zumbado nunca me gustó. Déjalo ahora que aún estás a tiempo. Todavía no tenéis hijos.

- Estás hablando de mi marido...

- ¡Sus compañeros se burlan de él en su cara y sigue tecleando en el ordenador como si nada! ¡No tiene sangre en las venas, tiene horchata!

- A mí me gusta mucho la horchata.

- Eres imposible... ¡Te casaste con un blando! ¡Con un maldito cobarde!

Como mi padre colgó, pude quedarme en silencio. Reflexionando sobre lo que acababa de decirme.

¿Era Tobías realmente un cobarde con horchata corriendo por sus venas en lugar de sangre?

No estaba muy segura yo de ello: ir en Madrid a trabajar llevando un pareo de lino sin calzoncillos debajo requiere de mucho valor.



- Tengo un plan.

- ¿Un plan?

- Tobías se está apartando de todos, no solo de ti.

- Lo sé, pero se niega a ir a un psicólogo. Cuando se lo planteé me respondió “¿Por qué?” y no supe qué decirle.

- Nada de psicólogos. Voy a montarle una fiesta sorpresa, con todos los amigos de la universidad y el

fútbol.

Raúl dibujó una amplia sonrisa con su boca perfecta. Yo creo que lleva fundas en los dientes, pero él siempre lo ha negado, y con coquetería jamás ha querido enseñarme una fotografía de joven para demostrar que dice la verdad. Tobías, cuando se lo pregunté recién ennoviados, estuvo una hora riéndose de mi ocurrencia. Me gustaba verlo reír, aunque fuese a mi costa. Echo mucho de menos esas risas.

- Cenaremos, iremos a alguna discoteca, beberemos hasta emborracharnos, bailaremos, como en los viejos tiempos. Seguro que eso le hace despertar, le saca de ese limbo.

Raúl es esa clase de hombre que el esparadrapo que cubre la herida lo quita del tirón. Nada de ir poquito a poco para no hacer daño.

- Pero, ¿solo chicos o nosotras también?

- Novias y mujeres son bienvenidas, cuanta más gente mejor - no dije nada, pero me pregunté si él no se sentiría incómodo al ser el único hombre de la fiesta que acudiría sin pareja -. Yo lo organizo. Reservaré en un buen restaurante y llamaré a todo el mundo. Ese día os recojo en casa a ti y a Tobías. No le digas que seremos un montón de gente, que crea que iremos solo los tres. Creo que el efecto sorpresa es importante. Como cuando a alguien se le detiene el corazón y le tienen que aplicar electrochoques.

La metáfora no me pareció muy adecuada; lo mismo me pasaba con la idea de cena sorpresa con juerga incluida. Pero yo estaba desesperada, mi

matrimonio se iba al traste, mis ilusiones de ser madre también, y el futuro empezaba a dibujarse ante mí cubierto de nubarrones muy oscuros. Por eso acepté. Por eso me puse en manos de Raúl.



La noche de la cena, cuando salí del cuarto de baño ya vestida y maquillada, me encontré a Tobías sentado frente a la pecera. Estaba acostumbrada, eso no me sorprendió. Pero tras más de dos horas arreglándome para estar perfecta, no pude aguantarme dentro el reproche.

- ¿Vas a ir a la cena así?

Ni se inmutó.

- Raúl me ha dicho que la reserva es en un buen restaurante. No quiso concretarme cuál, es una sorpresa, pero es de los caros. No puedes ir vestido con *eso*...

Sin dejar de observar a Sangre, tan solo pronunció las dos palabras que yo ya me esperaba.

- ¿Por qué?

Me entraron ganas de envenenar a ese maldito pescado. De hecho, en los últimos meses, más de una vez lo había pensado, pero siempre me contuvo el recuerdo de la frase que mi marido pronunció aquel día: “Tengo miedo de todos vosotros. Todo el tiempo, tengo miedo”.

- ¡Porque no se va a cenar a un restaurante elegante vestido con un pareo de lino!

- Un pareo es como una falda. Y yo veo por

Madrid a muchas mujeres que llevan faldas de lino...

Seguía sin mirarme, como si en realidad lo único que le interesase fuera la conversación telepática que parecía mantener con Sangre. Yo era tan solo un estorbo, una distracción, que no le enojaba pero tampoco capturaba su atención en lo más mínimo.

-... esta mañana he visto a una de esas mujeres en esta misma calle. Y nuestro barrio es elegante. Si esa chica llevaba una falda de lino, ¿por qué yo no puedo?

En efecto, el piso que nos había regalado papá tras nuestra boda, en el barrio de Salamanca, podía ser considerado el epicentro de la elegancia madrileña. La zona cero.

- Porque tú eres un hombre. Y los hombres no llevan faldas de lino.

- ¿Por qué?

- ¡Porque el mundo está hecho así!

Giró el rostro para mirarme. ¿Había realmente alguien ahí dentro observando? Aún hoy me lo pregunto.

- Quizás el mundo esté mal hecho.

Su mirada no está perdida, no se ha extraviado. Su mirada *no está*. Tan solo eso. Busco a mi marido, pero *él ya no está*.

- Eres imposible...

Renuncié a proseguir con algo que para mí se había vuelto una pelea, pero para él no era más que un ejercicio discursivo lleno de espiritualidad: con la calma absoluta que parecía absorber de la pecera a través de sus ojos, Tobías soltaba frases de una

sensatez apabullante ante las que yo me sentía cada vez más y más ridícula. Una esposa de vodevil histérica y controladora.

- En realidad... - volvía a contemplar cómo Sangre nadaba - lo que me gustaría es poder salir a la calle desnudo.

- ¡No puedes hacer eso!

- ¿Por qué?

Me di la vuelta hecha una furia para encaminarme al recibidor. Allí me puse el abrigo y cogí un bolso de Hermès precioso que me había comprado expresamente para la ocasión.

- ¡Te espero en el portal! ¡Sal de casa como te dé la gana! - y cerré dando un portazo; uno de esos gestos que te arrepientes de haber hecho justo un segundo después de que ya no haya marcha atrás.



Cuando Raúl aparcó frente al restaurante me quedé hecha de piedra: era un japonés. Le lancé una mirada gélida, pero él respondió con su jovialidad habitual.

- Abajo todo el mundo. Ya hemos llegado.

Como yo iba sentada en el asiento del copiloto, y aprovechando que Tobías seguía ensimismado mirando por la ventanilla de atrás como había hecho durante todo el viaje, Raúl levantó su mano derecha del cambio de marchas y la posó sobre la mía, sin mirarme. Interpreté que era su manera de decirme: “Tranquila, todo va a salir bien. Yo me encargo del asunto”.

Pero yo no estaba tranquila. En un restaurante japonés casi todos los platos llevan como ingrediente principal el pescado, ¿cómo reaccionaría el nuevo Tobías, ese ser atarácico que yo ya no conocía, ante semejante espectáculo gastronómico?

- La decoración es muy bonita.

Con su habitual calma, mi marido caminaba entre las mesas en dirección al reservado donde nos esperaban nuestros amigos para darle una sorpresa; no parecían importarle las miradas burlonas que despertaba su indumentaria entre los elegantes comensales de aquel sitio tan chic.

- Y además huele muy bien. Estoy deseando probar la comida. Gracias Raúl por traernos aquí.

Si estaba tenso o molesto por cenar en un restaurante consagrado a los productos del mar, lo disimulaba muy bien. ¿O era quizás ignorancia? Él y yo jamás habíamos comido en un japonés, y dudaba mucho que antes de conocernos Tobías lo hubiese hecho por su cuenta. Estos restaurantes son caros, y él vivía por aquel entonces de una miserable beca de estudios.

- Todo el mundo te mira y cuchichea.

- Sí. Creo que mi ropa les gusta.

Lo había dicho con absoluta inocencia. Sin malicia alguna. Yo le estaba reprochando una vez más, con el pellizco añadido de la ironía, que vestía como un profesor de yoga sobreactuado... y él lo acogía como un piropo. Era enternecedor. Pero a la vez, tremendamente desagradable: me hacía sentir como una maligna Cruella de Vil.

Las cosas iban de mal en peor. Yo así no podía seguir viviendo.

Que tú pareja se transforme en un espejo que refleja la parte más oscura de tu ser, esa que no queremos que nadie vea, ni siquiera nosotros mismos, es mal asunto para un matrimonio. La cosa empeora si además acoge tu oscuridad descubierta con una generosa sonrisa, sin enfadarse, sin querer cambiarte, tan solo dejándote ser como eres. Por un momento pensé si papá tendría razón: “Te has casado con un blando. Con un cobarde. Déjalo antes de que sea demasiado tarde”.

- ¡¡¡Sorpresa!!!

Seis parejas se levantaron de sus sillas al unísono montando una algarabía que a mí me pareció algo impostada. Observé la reacción de mi marido: se había asustado, encogiéndose sobre sí mismo, replegándose tras una mueca que no quería decir nada.

- Pero... pero si hoy no es mi cumpleaños.

- Da igual, hace mucho que no te vemos el pelo. Si no te engañamos, no hay manera de quedar contigo.

A Tobías y a mí nos habían dejado dos sitios en el centro de uno de los laterales de la mesa, como si fuésemos los novios en un convite nupcial. Justo enfrente, se sentó Raúl. Yo no pude evitar pensar que aquellos eran sus amigos, pero mi marido ya no parecía tener nada que ver con ellos. De hecho, caí en la cuenta de que nunca había tenido nada que ver con ellos. La inercia de la vida los había juntado, pero

me preguntaba si realmente compartieron alguna vez intimidad.

Más aún, me preguntaba si nosotros habíamos compartido alguna vez intimidad.

Lo cual me llevó a cuestionarme algo que nunca antes me había cuestionado, y que tal vez por eso, por la novedad del pensamiento dentro de mi cabeza, me hizo empezar a sudar: ¿qué es la verdadera intimidad? Sí, los pensamientos nuevos, recién estrenados, tengo comprobado que tienen un gran poder calorífico. A pesar de toda esa energía, no fui capaz de responderme, pero por suerte había tanta gente a mi alrededor dándome conversación, que pronto me olvidé del asunto.



Sentado a mi lado, en silencio, temeroso ante tanto jaleo, mi marido parecía estar deseando irse. Los chicos hablaban de negocios, hacer dinero, triunfar, ellas de ropa y niños. Tobías no hablaba de nada con nadie. Como si aquella ensalada de estereotipos machistas le fuese a ensuciar con tan solo rozarla. Volcaba toda su atención en la carta del restaurante mientras se balanceaba ligeramente adelante y atrás, recordándome a un rabino leyendo la Torá. Pero aquel refugio también le traicionó.

- ¿Qué vas a pedir?

No me respondió.

- El camarero ya está aquí, tendrás que decidirte.

- Nada. No voy a tomar nada.

Sus ojos parecían querer romper a llorar sobre la carta que sus manos sostenían.

- Esta cena es en tu honor. Tus amigos se sentirán ofendidos si les haces un desprecio así.

- Tengo más amigos en esta carta que en esta mesa - lo dijo con una gran pena -. No voy a cenar.

Había hablado en un susurro, pero con la misma obcecación con la que en casa observaba la pecera. Su cabeza y los ojos seguían gachos, humillados, mientras a su alrededor todo eran risas, copas brindando y conversaciones vacuas. La situación se iba volviendo más absurda y más tensa por momentos.

- Ya hemos pedido todos, solo falta el invitado de honor, ¿qué querrá el señor para cenar?

El tono bienhumorado de Raúl se topó con una mirada desolada. La más triste que vi jamás.

- Yo no cenaré.

- Pero...

- Yo no cenaré.

Doce pares de ojos, además de los míos, estaban centrados en ellos dos, en los amigos del alma, compañeros desde los tiempos de internado de las monjas. Raúl también era huérfano. Pero un huérfano muy diferente a Tobías. No sé por qué la gente cree que una circunstancia vital tan extrema como perder a los padres, acaba homogeneizando a quienes la padecen. Es justo al contrario: si estallas furioso contra el suelo un millón de vasos, todos se rompen... pero no hay dos que se rompan del mismo modo.

- Tobías, por favor...

No me respondió. El silencio era sepulcral.

- Tobías...

Mi marido había hablado en un tono carente por completo de agresividad (jamás, desde que le conocí, vi ese rasgo en él, supuestamente tan masculino) pero a ninguno de los presentes se le pasó por la cabeza replicarle. Su negativa había sido como un muro inmenso de granito que intimidaba a cualquier escalador por avezado que fuese.

- Bueno, yo os sirvo vino. ¡Esto es una fiesta, no un velatorio! - Jorge intentó distender el ambiente, que parecía poder cortarse con un cuchillo como si fuese manteca - ¿Sabéis a quien vi el otro día en el Retiro? ¡A Bárbara, embarazadísima! Hacia mil años que...

Conversaciones cruzadas de una intrascendencia absolutamente natural fueron sepultando poco a poco, copa a copa, la absoluta antinaturalidad de toda aquella situación: el invitado de honor de la fiesta era obvio que no quería estar en su fiesta. Con los hombros encogidos, la cabeza hundida y las manos cruzadas sobre el regazo sin hablar con nadie, Tobías inspiraba una compasión instintiva. Si hubiésemos estado solos le habría abrazado, le habría comido a besos para consolarlo; en aquellos instantes toda la rabia que había acumulado durante los últimos meses, toda esa ira, se tornó piedad.

- ¡Ya está aquí la cena!

Ahora soy consciente de que la compasión es un tipo de amor muy diferente al amor romántico que

se supone una esposa debe sentir por su marido; pero por aquel entonces yo estaba muy confundida a ese respecto.

- ¡Menos mal! ¡Qué hambre tengo!

Tres camareros impecables de aspecto oriental entraron en el reservado llevando los platos de cada comensal. Con una sincronía muy japonesa, en un minuto todos, excepto Tobías, teníamos frente a nosotros manjares de aspecto extraño teniendo en cuenta que éramos gente que nos habíamos educado en la tradición gastronómica mediterránea. Pero el plato más extraño de todos, era el de Raúl.

- ¿Qué es... eso? - lo dije asustada, porque yo no conocía la respuesta a mi pregunta, pero algo dentro de mí, algo muy primitivo y animal, sí conocía esa respuesta.

- Sí, Raúl, ¿qué es eso? - Ruth, la mujer de Jorge, creo que estaba pasando por un proceso muy parecido al mío ante la visión de ese plato.

- Esto es un *ikizukuri*.

Raúl parecía encantado de ser el centro de atención. Las fundas de sus dientes resplandecían más blancas que nunca, si es que eran fundas.

- Solo pueden prepararlo chefs de sashimi muy expertos. Este plato es una verdadera exquisitez, un lujo incluso en Japón - sin duda, estaba disfrutando con aquello, su ego se notaba henchido -. Cogen el pez vivo del acuario que hay en la cocina del restaurante, lo destripan, lo limpian y lo filetean... pero lo más importante: sin matar al animal. Hay que tener habilidad de cirujano, porque es esencial que

cuando se sirva, el corazón siga todavía palpitando. ¿Lo veis latir, ahí? Ese garbancito es el corazón bombeando, máxima garantía de la frescura de la carne.

En efecto, el pez (o el pescado, no sabría decir cuál de las dos denominaciones es la correcta, ya que estaba vivo, pero a la vez emplatado dispuesto para ser comido) boqueaba desesperado buscando aire y erizaba las agallas, como sorprendido, como si no pudiese creerse todavía lo que le acababa de suceder. La tortura a la que había sido sometido en un plis plas. Sí, era sorpresa lo que podía verse en sus ojos. Incredulidad, asombro.

“¿Por qué?”.

No lo preguntó Tobías. Esta vez no. Fue mi mente. Y estoy segura que también la del pez.

“¿Por qué?”.

Quizás la frescura que creen ver los expertos en los ojos del pescado recién sacado del mar, es en realidad eso: incredulidad, sorpresa, asombro.

- ¡Qué asco!

Con la cola aún palmoteaba contra el plato como si quisiese impulsarse para escapar de aquel horror.

- ¡Es espantoso!

Bajo las agallas podía verse latir un corazoncito minúsculo gracias a un tajo en la carne. Ésta había sido finamente loncheada a lo largo de la espina dorsal, de tal modo que cabeza y cola eran las de un pez que todavía estaba vivo y podías imaginarte nadando, pero en medio el cocinero había hecho con su cuerpo una escabechina que yo me atrevería a

calificar de truculenta. El efecto sádico se acrecentaba porque entre las lonchas de su carne cruda le habían hincado rodajas de limón.

- ¡No sé cómo eres capaz de comerte a un animal que aún está vivo!

Las chicas de la mesa se escandalizaban, indignadísimas, con asquitos. Ellos intentaban reír y hacer broma, quitándole importancia al asunto para estar a la altura de su supuesta hombría, pero a todas luces sentían tanta repulsión como sus parejas. El único que parecía disfrutar con todo aquello era Raúl. Tenía los ojos fijos en su manjar. Unos ojos llenos de algo que a mí me resonaba a lujuria, pero quizás fuese otra cosa.

- ¡Qué asco!

- ¡Pobre animalito!

- ¡No! ¡No, Raúl, no!

Indiferente a las quejas femeninas, indiferente a mi silencio pétreo, cogió con una mano el tenedor y con la otra el cuchillo para pescado, mientras el animalito, frente a él, seguía boqueando sin ser capaz de explicarse como su vida, en un santiamén, había pasado a ser un infierno.

- No lo toques. Ni se te ocurra hacerle más daño.

Todas las miradas pasaron del pez a Tobías. Jamás en mi vida le había escuchado hablar con semejante autoridad. Confieso que me excitó.

- Esta es mi cena. Si tú no quieres comer es tu problema, pero yo...

- Raúl, si tocas ese pez, te mataré.

En la determinación de su voz, en la fuerza de su

mirada supe leer la verdad: mi marido hablaba en serio.